

EL PINCEL Y LA ESPADA

Tras 150 años de guerras internas en Japón (periodo Sengoku), hubo una que resultó ser el punto de inflexión entre la guerra y la paz. Nos referimos a la batalla de Sekigahara disputada en el año 1600, donde las tropas del poderoso Daimyo Tokugawa Ieyasu, gracias a una ingeniosa estrategia unida a pactos y traiciones, consiguió una aplastante victoria sobre su oponente Ishida Mitsunari.

Hasta ese día, la casta samurai no conocía otra cosa que la continua lucha día tras día, donde tres generaciones vivieron sumidas en el caos y constantes revueltas sin conocer la paz. Habían sido creados y entrenados para matar o morir. Su destreza con las armas y especialmente con la katana (espada japonesa) en el campo de batalla eran fruto de una maestría convertida en arte de combate.

Pero tras Sekigahara todo cambiará. Japón entero será unificado bajo el mandato de Ieyasu que establecerá nuevas normas favoreciendo una general armonía que perdurará durante casi 300 años. Será la era Edo, conocida también como el periodo Tokugawa (1603-1868).

Y tras tantos años de duros entrenamientos, estos valerosos samuráis se preguntaban qué finalidad tendrían ahora; ¿cuál sería su misión si la guerra ha dejado de existir?

Se ven abocados a adaptarse a una nueva sociedad que florece bajo estandartes de arte y cultura.

Pintura, poesía, meditación o espiritualidad eran algunas nuevas facetas que se expandían en forma de arte por todo el territorio nipón y por supuesto también se promocionará algo tan básico y necesario como era la caligrafía.

Pensemos que en la práctica de la espada no cabe error alguno ya que ello aboca a una muerte segura. Ejercicios de respiración y coordinación

muscular, junto a ágiles desplazamientos complementan este arte de guerra que enfocan la energía o KI hacia el adversario.

Por analogía, la caligrafía japonesa conocida como Shodo (el camino de la brocha), requiere de una máxima precisión en los mismos aspectos antes descritos: entrenamiento y disciplina.

Dibujar un kanji no es pintar un simple dibujo. Requiere un correcto orden de cada trazo que lo compone, de forma que alterar ese orden es interferir en su correcta forma y por tanto violar la norma. También requiere una precisión absoluta, donde la mente ha de estar en el lugar, calmada y libre para que cada trazo no contenga error alguno, pues no está permitido retocar o borrar cualquier imperfección en su trazado, de forma que una pincelada se convierte en una obra de arte única e irrepetible. Como la espada, no cabe error alguno.

La similitud de estructuras hizo que muchos de estos guerreros feudales, conocidos como Bushi, se iniciaran en el Shodo. Al principio, con pinceladas básicas, al igual que los entrenamientos de espada con neófitos en la materia, repitiéndolos una y otra vez hasta que la mente deja de pensar y de una forma natural convierten el movimiento en arte.

Este entrenamiento (del Shodo o de la espada) fortalece habilidades como son el espíritu de superación, la paciencia, el autocontrol y la sensibilidad entre otras muchas, de modo que el pincel, o la espada, se unen a su practicante convirtiéndose en uno. Es ahí cuando comienza la maestría; el arte.

Una historia japonesa cuenta que, en un pequeño pueblo, un calígrafo japonés paseaba por el mercado cuando tropezó sin intención con un samurai. Éste le recriminó y lo retó a duelo de espada. Le dio unos días de preparación antes del fatídico encuentro.

El calígrafo, sin saber absolutamente nada sobre el manejo de la espada, empezó a entrenar con un amigo que intentaba ayudarlo en esta funesta contienda. Por mucho que se esforzaba, sus toscos movimientos no habituados a la lucha, impedían que pudiera tener una posibilidad ante todo un experimentado guerrero.

Su amigo, la misma mañana del duelo, sin ver otra opción, le aconsejó al calígrafo que utilizara su espada como si fuera el pincel para sus escritos, ya que esa experiencia tan interiorizada era la única opción que veía válida para que sus movimientos fueran más armoniosos y efectivos a su vez.

Y así de este modo, llegada la cita, cuando estuvieron frente a frente con apenas 3 metros de distancia el uno del otro, el calígrafo desenvainó su espada con la ligereza de una pluma y la fluidez de sus muñecas, dibujando formas en el aire. El samurai al contemplar la belleza de esos movimientos, se arrodilló de inmediato y pidió clemencia, diciéndole que no era su intención desafiar a tan gran maestro de la espada.

Daniel Tchev